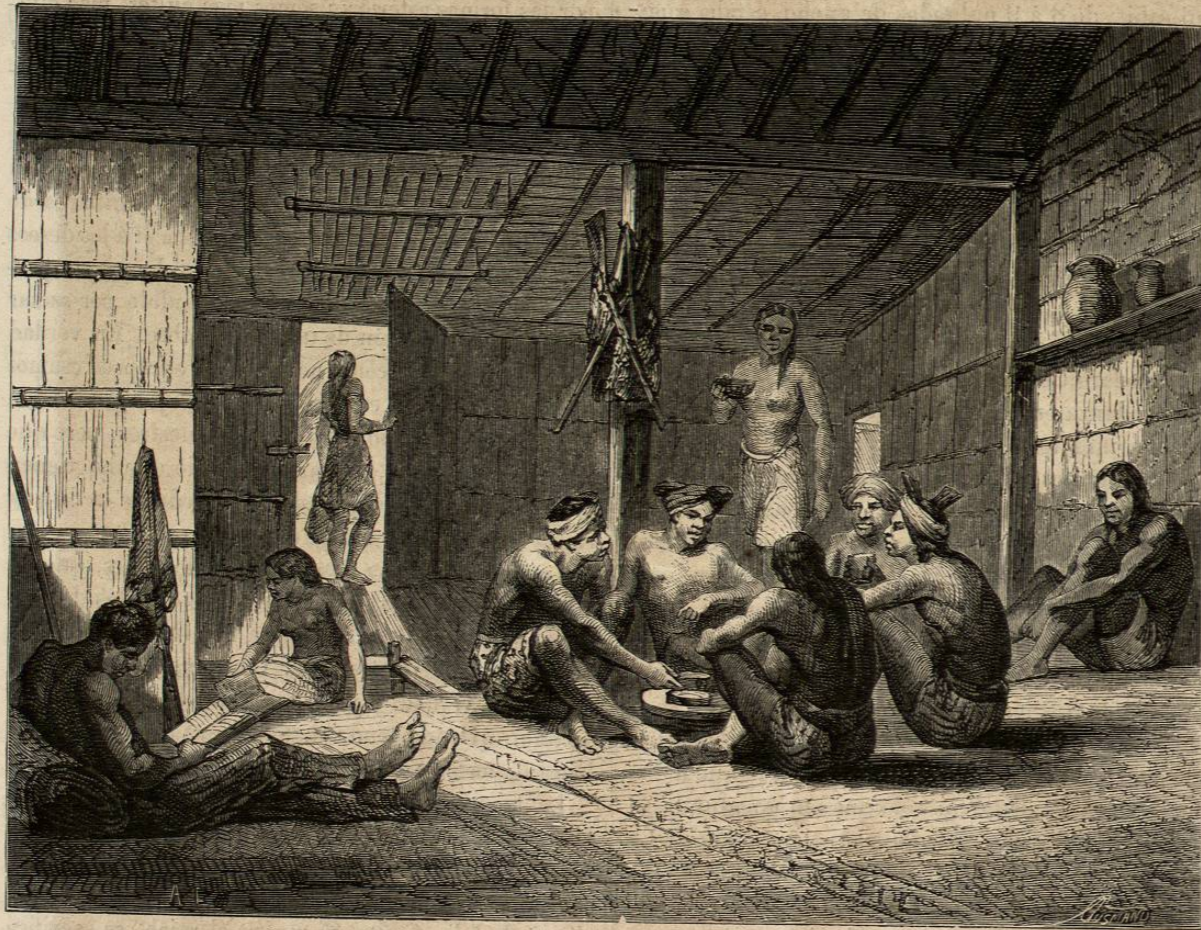


grientas guerras. La tribu que ha perdido así uno de sus miembros, entra luego en campaña y no depone las armas hasta obtener por represalias una ó dos cabezas, que llevan en triunfo, con cantos y danzas y que colocan en el lugar de honor. Las fiestas que suceden á estas venganzas duran un mes entero.

Los dayakes son tan aficionados á las cabezas humanas que siempre que emprenden una guerra ó expedición de piratería en comun con los malayos, se reservan únicamente las cabezas y abandonan el resto del botín á los malayos.

Sentí mucho no haber llegado ocho días antes: ha-



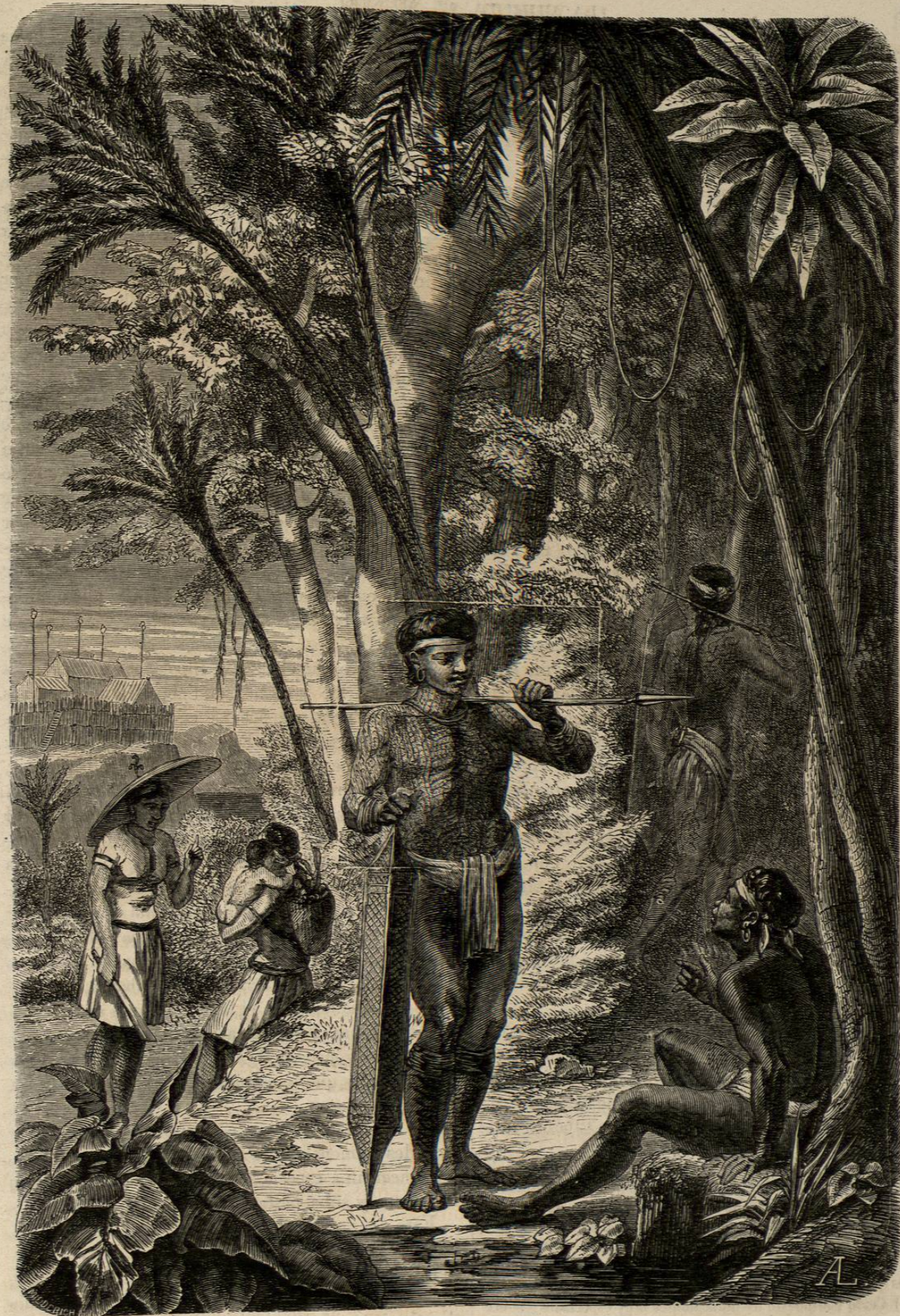
Interior de una vivienda de los dayakes.

bria podido asistir á la celebracion de un tratado de paz que, gracias á los activos esfuerzos del rajah Brooke, acababa de concluirse entre dos tribus de dayakes independientes. Mr. Lee me refirió que los dos jefes enemigos llegaron á su casa, acompañados de 20 ó 30 hombres de los suyos. Cada uno de ellos llevaba un puerco, y despues de muchas pláticas entre los jefes y el pueblo, los puercos fueron degollados, no por los dayakes, sino por los malayos. Si cae la cabeza al primer golpe, signo es de felicidad. No se comen de ningun modo los puercos, sino que se arrojan al río. Los dayakes no hacen sus tratados por años, cómputo que les es desconocido, sino por cosechas de arroz.

## II.

Partida al interior.—Montañas.—Bosques virgenes.—Tempestades.—Concierto y danzas.—Amenazas y peligros.—Firmeza necesaria á los viajeros en tales regiones.

Mr. Lee intentó tambien desviarme de mi proyecto de viaje al interior. Segun sus noticias, un jefe habia sido muerto y todo ardia en guerra. Sin embargo, mi proyecto de avanzar tan lejos como me permitiesen, prevaleció en mi espíritu y el 22 de enero me embarqué en el río Luppár con intencion de subir hasta la cadena del Sekamil. Fuera de los servidores malayos que el capitán Brooke habia puesto á mis órdenes y de ocho marineros de la misma raza, llevaba tambien en calidad de piloto al cocinero de



Trajes dayakes.

Mr. Lee que este señor puso á mi servicio y que fue de grande utilidad; porque sabia algunas palabras de inglés.

El viaje comenzó sin demora por el territorio de los dayakes independientes entre las tribus reputadas por mas salvajes.

Después del medio día llegamos á una de sus habitaciones con intencion de pernoctar allí. Todos mis esfuerzos tendian á acercarme á ellos con confianza y lo mas cordialmente posible. Yo estrechaba la mano de los hombres y las mujeres, me sentaba en medio de ellos y viéndolos trabajar, tomaba á sus hijos en mi regazo. Penetré luego en el bosque á buscar insectos, y ya se comprende que fui seguido por una multitud de indígenas y sobre todo por cuadrillas de muchachos. Todos querian ver dónde iba, de qué me servia mi red para coger mariposas, como tambien la caja que siempre llevaba conmigo para colocar los insectos, y estaban tan curiosos de observar hasta mis gestos como yo de observar los suyos. Comenzaron por burlarse de mí viendo el interés y afán con que perseguia una mariposa ó un mosquito (1). Pero apenas les hice comprender que me servian para hacer medicamentos, cesaron de reirse y aun me ayudaron casi todos en la caza: era menester decirles alguna cosa semejante que estuviera á sus alcances.

A mi vuelta, ya cayendo la tarde, hallé un sitio cubierto de esteras muy limpias que habian preparado para mí. Las sencillas gentes se pusieron junto á mí, pero no tocaron á nada: el respeto que tenian á todo lo mio, era tan grande, que siempre que yo abandonaba mi puesto, se separaban ellas tambien. Sin temor ninguno podia dejarlo todo abierto: hasta cuando comia, se apartaban para no molestarme. Servíame ordinariamente arroz y *kuri* (2). Por desgracia este caldo estaba siempre hecho con aceite de coco rancio; pero como yo no comia desde el alba hasta el oscurecer, el hambre me lo hacia aceptable. Cuando este sabor era demasiado fuerte, me tapaba las narices y me esforzaba en tragar el líquido lo mas pronto posible.

Los dayakes velan hasta muy tarde: hasta las once de la noche no se fueron apagando las lumbres. Entonces me hallé en profundas tinieblas. Sin embargo, no tenia miedo; aunque lejos de todo socorro, en medio de aquellos aficionados á las cabezas hu-

(1) Encontré muy natural que los salvajes se burlaran de mí. Lo mismo me sucedió mas tarde en las colonias europeas y aun en los Estados-Unidos de América entre gentes que se tienen por civilizadas. Algunas veces llevaban á tal extremo sus sarcasmos, que hube de preguntarles si no habian visto nunca un museo y en este caso, si se imaginaban que todos los animales que en ellos se hallan, habian ido allí por sí mismos.

(2) Caldo compuesto de ingredientes muy especiados, sobre todo de pimienta roja. Este caldo comienza á aceptarse con gran es imacion en Europa, como en todo el archipiélago indiano.

manas. Sabia que el nombre del rajah Brooke habia llegado hasta allí y que podia reposar seguramente protegido por el respeto que le tenian.

Al medio día nos detuvimos en otra tribu; pero aquí el aspecto no era de los mas agradables, porque los hombres habian vuelto del combate hacia pocos dias y habian traído una cabeza que se hallaba colgada, con otras secas ya, encima del hogar donde se me habia preparado la cama. Hay que decir que este es el sitio de honor para un huésped; distincion para mí poco lisonjera y desagradable por demás, pero que me fue imposible rehusar. Los cráneos secos que las corrientes de aire agitaban hasta el punto de hacerles chocar, el hedor excesivo y asfixiante que exhalaba la cabeza fresca que casi me llegaba á la cara, el aspecto de los hombres aun sobrecitados que divagaban á mi alrededor, cuando ya todas las luces estaban apagadas, me quitaron la gana y aun la posibilidad de dormir. Confieso francamente que mi angustia fue tan grande, que me acometió una especie de fiebre. No podia estar mas tiempo acostada y no osaba levantarme sin embargo: incorporéme, sí, creyendo á todo instante sentir el cuchillo en mi garganta. Hasta allá al amanecer no volví á acostarme ya molida y agotada de fatiga.

El mala yo que el capitán Brooke me dió por guía debía servirme y al mismo tiempo impulsar á los otros á su tarea y á ponerse en camino por la mañana bien temprano. Pero nada de esto hacia, y aunque hubieran partido al medio día los barqueros, no les hubiera dicho una palabra. Una vez acostado, no se movia ya; ó bien fumaba y charlaba y en lugar de servirme, se hacia servir. Cuando yo le daba alguna orden, no me respondia palabra, ó me volvia la espalda, teniendo entonces que reclamar de los marineros todos los servicios de que tenia necesidad.

Entre tanto la travesía se presentaba cada vez mas interesante: las márgenes comenzaban á elevarse; ricas plantaciones de arroz reemplazaban á los aguazales, y mas lejos, en el fondo, veianse aparecer risueñas colinas. Entre los árboles habia algunos magníficos con troncos de 35 á 40 metros de altura; otros tenian ramas que se estendian y bajaban hasta la superficie del agua.

En los árboles altos y poco cubiertos suele haber grandes colmenas. Para recoger la miel, los indígenas hacen una especie de escala de bambú que atan al tronco y sube hasta una altura de 25 metros.

Este día, como la víspera, bajé casa de los dayakes. Apenas me acosté, sentí un batidero vivo y cándido. Me levanté y dirigiéndome hácia el sitio del ruido, ví un hombre tendido é inmóvil. Media docena de jóvenes tamborileaban en su cuerpo con el hueco de la mano. Al principio lo creí muerto y

me admiré de tan estraña ceremonia; pero muy luego se levantó entre ruidosas carcajadas: habia terminado el juego. Según pude comprender, se tienen por muy útiles estos ejercicios, pues dicen que dan flexibilidad y fuerza.

25 de enero. Vistas siempre bellas se ofrecen á mis miradas. Las montañas se multiplican y se elevan cada vez mas. Algunas cimas parecen tener 1,000 metros lo menos de altura. El viaje de Borneo me recuerda en parte el del interior del Brasil. Aquí como allí los bosques vírgenes presentan una vegetacion poderosa; aquí como allí hay pocos claros y pocas viviendas: la única diferencia consiste en que Borneo está surcado por multitud de rios y arroyos, mientras que una parte del Brasil solo tiene torrentes excesivamente rápidos. ¡Cuánto podria hacerse en estos dos países, si estuvieran poblados de hombres pacíficos y laboriosos! Por desgracia no es así. Aquí solo hay indígenas mas propensos á la guerra y destruccion, que al cultivo y al trabajo: el clima escluye tambien las colonias de blancos.

Una de las curiosidades de Borneo es el color oscuro de sus aguas. Algunos viajeros pretenden que este fenómeno proviene de la gran cantidad de hojas que caen de los espesos bosques que sombrean los rios y en los cuales se pudren. Estoy tentada á contradecir esta opinion, porque en la isla de Ceram que visité mas tarde y que es tan rica en rios y bosques como Borneo, hallé por todas partes agua límpida y clara como el cristal. Mr. Alejandro de Humboldt observó tambien este color oscuro en los rios de América y añade que ni los peces ni los cocodrilos habitan aquellos rios. No es lo mismo en Borneo, donde no faltan peces ni caimanes, parientes muy cercanos de los cocodrilos.

Por la noche me hallaba otra vez sentada en medio de un grupo de dayakes, en los cuales hallaba tan bien como me era posible, con ayuda del cocinero y de un intérprete malayo. Les pregunté si creian en un gran espíritu y si tenian ídolos y sacerdotes. Según pude comprender, no creian en nada, ni tenian ídolos ni sacerdotes. Respecto del primer punto, acaso no sea así, sino que yo lo comprendiera mal; pero en cuanto al segundo, yo no he visto jamás entre ellos ningun ídolo ni sacerdote. En cambio no carecen de *rajah*, pomposo título que se da á todo jefe, aun cuando su tribu no esceda de algunas docenas de familias. Esto me recordaba á la Hungría y Polonia, donde todo el que no era siervo se llamaba hidalgo.

En medio de esta conversacion, trajo un mozo un pichon salvaje que habia cogido en el bosque. Al instante se apoderó de él un hombre, le retorció el cuello, le arrancó algunas de las mas largas plumas de las alas y lo echó á la lumbre. Apenas se le cha-

muscaron las restantes plumas, lo retiró del fuego, le cortó la cabeza y los extremos de las alas y las entregó á un muchacho que á su lado esperaba con impaciencia. En seguida volvió á echar el pichon al fuego, y á los pocos instantes lo sacó y lo hizo seis pedazos que distribuyó entre otros tantos niños: él ni probó siquiera este asado. Ya de antemano habia yo tenido ocasion de observar muchas veces que los dayakes aman tiernamente á sus hijos.

El mismo día hubo una tempestad acompañada de una de esas lluvias de torrente, verdaderamente tropicales, que nosotros espresamos con la frase de *llover á cántaros*. En medio del rumor y desgarrar de la tormenta una ráfaga de impetuoso viento apagó todas las luces. Para refugiarnos entramos en la cabaña esperando que otra ráfaga se llevara el techo de follaje que nos cubria. Pero como todo lo violento es de poca duracion, la tempestad cedió, y al cabo de media hora, todo se habia concluido.

Aquella sencilla gente cantaba con toda la fuerza de sus pulmones al son del *gong*. Según pude entender, semejante música era una especie de exorcismo para alejar la tempestad. La música continuó hasta el día. Sus cantos parecian ahullidos espantosos. Entre ellos distinguí dos melodías, cantadas ambas por una sola voz, después de las que cantaban el estríbillo todas las otras en coro. Cuatro jóvenes bailaron tambien una danza, moviéndose mesuradamente alrededor del hogar, encima del cual estaban colgados los cráneos. Cada uno de los bailarines tenia un grueso palo en la mano, hiriendo con él á cada paso la tierra. De vez en cuando escupian en los cráneos. Esta música no tenia ninguna relacion con la tempestad, según supe después; sino que era una fiesta preliminar de una expedicion guerrera.

Entre todas las tribus que ví en este viaje, el jefe no habitaba una cabaña aislada, sino que estaba instalado en medio de las familias. Las jóvenes dormian ó estaban en las verandas.

26 de enero. Mi viaje entre los dayakes salvajes se efectuaba así, sin el menor peligro ni dificultad; bien que yo hubiera temido una catástrofe alguna vez. En mi descuido comencé á creerme en la mas completa seguridad, pero hoy no seria tan confiada.

Sentada estaba tranquilamente en mi *prahu* cuando vimos venir hácia nosotros una canoa en que vogaban rio abajo con toda su fuerza cuatro dayakes, los cuales sin detenerse nos gritaron que volviéramos atrás apresuradamente, porque la tribu estaba blecida poco mas arriba, partia al instante para la guerra: añadiendo que ellos habian escapado sin ser vistos.

Esta nueva me consternó sobre manera. ¡Estar ya tan cerca de la montaña, á cuyo pie íbamos á llegar aquella misma tarde y vernos en la precision de re-

trocéder! Deliberé con el cocinero, el único hombre con quien podía cambiar algunas palabras, procurando decidirlo á continuar el viaje. Por fortuna era hombre de corazon: su opinion era que si bien los dayakes tenian en sus expediciones la costumbre de asesinar á cuantos caian entre sus manos, no dejarían tal vez de respetar el pabellon del rajah Brooke. Dile yo la razon y haciendo izar la bandera, proseguimos nuestra partida á pesar de los otros marineros. No hacia mucho tiempo que navegábamos, cuando de repente oimos el canto de guerra al compás del gong y del tambor. La espesura que cubria las márgenes nos ocultaba aun á la vista de los salvajes;

pero apenas adelantamos un poco, se nos ofreció un espectáculo que podia intimidar á los hombres mas intrépidos. En una pequeña altura muy inmediata al rio, se descubria un centenar lo menos de salvajes con sus parang y sus altos y estrechos escudos. A nuestra vista lanzaron furiosos gritos haciendo gestos horribles.

Yo me sentí sobrecogida de espanto, pero ya no habia medio de retroceder: solo la energia podia salvarnos. En frente de la colina y en medio del rio, habia un banco de arena. Mi valiente cocinero saltó á este banco y entabló con el rajah una negociacion en lengua dayal de que yo, por desgracia, no enten-



Malayos umadores de opio.

dí ni una palabra. Mi sobresalto creció aun al ver repentinamente á los salvajes saltar desde la altura en que se reunieran y aproximarse á remo ó á nado á mi prahu, que rodearon al fin y abordaron por todas partes. Entonces creí llegada mi última hora. Pero muy luego oí la voz de mi cocinero que, hendiendo la muchedumbre, me gritó de lejos que no temiera, pues toda aquella algarada era celebrar nuestra bienvenida. Al mismo tiempo izaron en la altura un blanco paño en señal de paz.

Quien haya visto de cerca la muerte, ese solo podrá formarse una idea de mi angustia y de mi alegría en estos dos momentos. Sin embargo, debí ahogar tan violentas emociones y mostrar la mayor entereza y sangre fria, como único medio de imponer á los salvajes. Tenia razon el cocinero: la enseña del rajah Brooke fue el talisman que nos salvó. Los salvajes, lejos de hacernos daño, nos dieron muchas muestras

de amistad y nos hicieron desembarcar; á lo que no me resistí de ningun modo para darles á entender la complacencia y honor que recibia.—La alta estima y veneracion que los dayakes mostraron hácia el rajah Brooke me impresionaron profundamente. Véase como los pueblos salvajes son agradecidos cuando se obra bien con ellos. ¡Qué no hubieran estado allí los enemigos de aquel hombre generoso! ¡Cómo los hubiera confundido aquella escena!

El rajah Brooke fue llamado á Inglaterra poco tiempo antes de mi llegada á Borneo para defenderse de sus acusadores. Se le acusaba de haber sacrificado en sus expediciones contra los piratas la vida de muchos hombres y de haber quemado chozas y casas. ¡Cómo si con palabras se hicieran guerras semejantes! ¡Cuántas vidas no sacrifican los Estados europeos! ¡Cuántos pueblos y ciudades no quemán en sus guerras, que no tienen por cierto tan noble ob-



Habitaciones flotantes entre los dayakes ribereños del rio Barito.